

EL BIEN DE LOS AUSENTES

ESTA OBRA SE BENEFICIÓ DEL P. A. P. GARCÍA LORCA,
PROGRAMA DE PUBLICACIÓN DEL SERVICIO DE COOPERACIÓN Y DE ACCIÓN CULTURAL
DE LA EMBAJADA DE FRANCIA EN ESPAÑA
Y DEL MINISTERIO FRANCÉS DE ASUNTOS EXTERIORES

OUVRAGE PUBLIÉ AVEC LE SOUTIEN DU
CENTRE NATIONAL DU LIVRE - MINISTÈRE FRANÇAIS CHARGÉ DE LA CULTURA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA FRANCESA

Le Bien des absents

Primera edición: noviembre de 2012

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: *Viejo y su nieta* (ONU, 1948)

© Actes Sud, 2001

© de la traducción: Jorge Gimeno, 2012

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2012

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15297-98-7 • DEPÓSITO LEGAL: V-3197-2012

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

UN DÍA DE ABRIL

Los combates eran violentos. Procedentes de las afueras, habían tomado aprisa los barrios. Abandonando las habitaciones delanteras, los vecinos se refugiaban en las traseras. Antes de vaciarse, la ciudad se replegaba sobre sí misma.

Pero aquello no bastaba, y las huidas nocturnas iban a más, éxodo funesto que los que partían intentaban conjurar echándose las llaves al bolsillo. Definitivamente cerradas, cada día nuevas viviendas se sumían en un sueño inmóvil.

Viven en el piso de arriba. La ventana, junto a la puerta de la calle, da a una terraza con el suelo de mármol blanco. Una escalera exterior, adosada a la pesada fábrica de piedra, conduce a ella.

El tiempo le parece de repente tan cercano. Apenas unos años. Cuando, sentada directamente en el suelo, las piernas entre los balaustres de la barandilla, balanceando los pies descalzos en el vacío, contaba los árboles del jardín: dos nísperos, dos limoneros, dos olivos, dos membrillos, dos moreras, dos higueras, dos zamboas, dos almendros, dos granados... Dos nísperos, dos...

Cuidadosamente escogidos por su abuelo antes de que la casa familiar se empezara a construir, los árboles habían acaparado la atención del anciano. Su mujer, harta del asunto, le montaba escenas en el jardín para someterle a la reprobación.

ción silenciosa de un vecindario tan atento como invisible detrás de las cortinas.

—¡Menuda chifladura! ¡No te ocupas más que de tus plantas! ¿Y la casa, tu casa? ¡Pfft, ni caso! —gritaba ella.

—Al llenar el arca, Noé aspiraba a recomponer el aspecto ideal de los jardines. Las piedras están llamadas a desaparecer con los diluvios, ¡no los árboles! —replicaba con voz sentenciosa y teatral.

—¿Y eso?

—Los árboles saben nadar, ¡las piedras no!

Testigos de tales batallas diarias, los albañiles comprendieron enseguida que construirían la casa a su antojo, y el abuelo adquirió, sin sospechar nunca por qué, una enorme popularidad entre ellos. Dos nísperos, dos limoneros, dos olivos...

Esta mañana, los árboles tamizan la luz de abril, pero la terraza parece apagada, indiferente a la dulce claridad de los veranos precoces. Sin embargo la barandilla labrada sigue ahí, y el mármol no ha perdido su blancura. El frescor de nuevo la recorre, y el murmullo del agua.

Por la tarde las mujeres vaciaban sus baldes a grandes brazadas, como si estuvieran sembrando. Después frotaban el suelo con cepillos de raíces, en dirección a la escalera. Corriendo de todas partes, el agua bajaba los peldaños en minúsculas cascadas. Costosamente acarreados por los niños, los asientos emergían del porche. Detrás venían los hombres. Tras un penoso despertar de la siesta, se habían peinado, se habían quitado el pijama, habían rociado de colonia sus pañuelos y los habían doblado para adornar los bolsillos de sus trajes planchados.

“Que Dios preserve las manos que han dispuesto lo que hemos comido.”

Las conversaciones empezaban con el elogio del almuerzo. Luego, con los ojos entornados, se alababan las bondades de la brisa que subía del puerto con aromas de jazmín, fortuitamente regado por las criadas.

En aquella ciudad construida en pendiente, todo el mundo tenía vistas al mar.

Ella le adivina tras de sí. Ningún ruido, ningún desplazamiento de aire le indican su proximidad. Ella sabe lo que él va a decir. Les une una silenciosa complicidad que, literalmente, la ha encadenado a su padre. A diferencia de su madre, su hermana y sus hermanos, ella se ha negado a dejar la ciudad, ha decidido quedarse. No porque se haga ilusiones. Todo podría desaparecer, todo va a desaparecer.

Él dice: “Ya no cogen las cartas”.

El país estaba ocupado desde hacía treinta años por los británicos, que además de imponer su política de destrucción cínica y anunciada habían popularizado el gusto por el té y el uso de los servicios postales modernos. Pero si el té seguía siendo para él una bebida medicamentosa con que combatir el frío, el correo, por el contrario, le había conquistado por completo. Había escrito y expedido decenas de cartas. La menor ausencia de un pariente o de un amigo se convertía en una nueva oportunidad epistolar, el reparto del correo era el índice por el que medía la normalidad de los días y los tiempos.

—Ya no cogen las cartas.

Había escrito bastante desde el inicio de los combates. ¿Cómo si no? Se había marchado mucha gente. Una multitud a la que había enviado descripciones meticulosas del hun-

dimiento gradual de la ciudad. Pero ahora la parálisis tomaba la oficina de su barrio...

—Ya no cogen las cartas. Esta noche sale un barco a Beirut.

Ninguna explicación, ni una palabra entre la enunciación y la interrogación implícita. Pero ¿las necesitaba ella? Era su hora de cerrar los postigos. Les tocaba partir. Ella sabe que, aunque ve claro y ruega sin pausa a su padre para que emprendan camino, en su fuero interno desea quedarse y desaparecer con el lugar.

Pero el vacío que devasta la ciudad se ha transformado en una fuerza insidiosa que los arrastra en un torbellino tan violento como silencioso, igual que a otros miles, hacia un horizonte desconocido.

Le queda la tarde para una última visita a una vivienda que ya se le hurta para integrarse en un territorio extranjero e instalarse en su memoria. Sabe que, pegada a sus pasos, la ausencia retumbará en cada una de las habitaciones.

Eso será partir. No el posterior desplazamiento al puerto.

Mi padre y mi hermana arribaron al amanecer. Ya en tierra, se dirigieron a la place des Canons.

Hacía bueno. Los primeros calores cubrían la ciudad de una bruma ligera y Beirut ya se había despertado. En el terraplén, en el centro de la plaza, los vendedores de periódicos pregonaban a voz en cuello los titulares del día.

Aquella mañana resonaba uno solo, como si el eco lo repitiese: “Haifa cayó anoche. Haifa cayó anoche”.

El silencio se abatió, terrible, sobre padre e hija, y la plaza se convirtió en un escenario mudo en el que la gente esbozaba los primeros gestos del día. Fue él quien lo rompió:

–A casa de la abuela Marie se va por ahí.

Al borde de la acera, la cogió de la mano para cruzar. Ella tenía dieciocho años, pero recobró los gestos de la chiquilla que había sido en calles que ya no existirían.